
BAJO RENDIMIENTO ACADÉMICO: LA COMUNICACIÓN COMO UN FACTOR

*Yoloxóchitl Martínez Salazar**

INTRODUCCIÓN

Este texto está basado en la lectura y análisis del relato “¿Será Iván el culpable...?”. En él, ubiqué dos ejes fundamentales: problemáticas que tenían que ver con el docente y aquellas relacionadas con el educando. Dentro del primero situé tres puntos: la personalidad de los docentes, la aparente nula revisión de sus prácticas educativas, y los métodos tradicionales. En el segundo eje localicé el asunto de la resiliencia en relación con el contexto (específicamente, la convivencia con los pares) y el bajo rendimiento académico. Asimismo, encontré un punto en común entre ambos ejes: la comunicación.

* Colegio de Pedagogía. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

A partir de las incógnitas situadas en el texto elegí la que tenía que ver con la comunicación, ya que, desde mi punto de vista, ésta engloba las demás problemáticas mencionadas y afecta el rendimiento académico de los estudiantes.

Procedí a realizar un esquema a partir del núcleo problemático ya elegido, con el objetivo de planificar el contenido del ensayo. Establecí relaciones con el tema de la comunicación, las problemáticas que estaban incluidas en el relato, y retomé algunas ideas de textos estudiados previamente para plantear el posible análisis.

En todo proceso educativo existe una relación profesor-educando, y la comunicación es esencial para la interiorización de los conocimientos legitimados, es decir, aquellos que a lo largo de la historia de un pueblo se han convertido en signo y símbolo de este mismo. Éstos se conservan como cultura de uso, la cual se pretenderá transmitir a las siguientes generaciones (García y García, 2001). Sin embargo, dicha comunicación se ve afectada por distintos factores. Esto a su vez provoca que los educandos tengan bajo rendimiento académico y posteriormente, queden rezagados del sistema educativo.

A lo largo de este trabajo me acercaré a la comunicación como un factor del bajo rendimiento académico. Tomaré como base los planteamientos de García y García (2001) en cuanto a la comunicación como acción formativa, y el planteamiento que hace Dewey (1964) respecto a la relación entre la actividad docente y la investigación. Por otra parte, consideraré lo expuesto por Dilthey (1965), referente al papel del profesor en la construcción de la vida anímica.

Probablemente no está de más comenzar planteando la importancia que otorga Dilthey (1965) a la escuela en el desarrollo y perfeccionamiento de la vida anímica de los educandos, quienes son los que sustituirán a las generaciones adultas. Es preciso explicar que para él, la vida está conformada por cuatro estructuras: el in-

dividuo, la sociedad, las instituciones y el sistema cultural. Estas estructuras se explican en la historia, pues es en ésta donde se construyen.

El individuo, según Dilthey, se caracteriza por contar con sentimientos, impulsos y emociones, y conforman lo que él llama ‘vida anímica’. El conjunto de esas características forma el *ethos* del pueblo que, al igual que aquélla, se construye en la historia.

Es aquí donde entra la función de la escuela, pues como menciona el mismo Dilthey, es ésta la que se encargará del perfeccionamiento y desarrollo de la vida anímica. Las finalidades dependerán de cómo es ésta, y del contexto histórico en el que esté situado el sujeto, pues como lo señala Pasillas (2009), la educación atiende a una concepción antropológica, es decir, a cómo es el ser humano.

Pero, ¿cómo lograr el perfeccionamiento y desarrollo de dicha vida anímica? Tal vez esperaríamos obtener un manual que nos diga cómo proceder; sin embargo, como señala Dewey, “la educación es un círculo o espiral infinito” (Dewey, 1964, p. 78), es decir, la educación está en constante cambio, sujeta al contexto histórico. La manera de lograr el desarrollo de la vida anímica, en la perspectiva de Dilthey, es por medio de la práctica educativa misma, a lo que Dewey sumaría la actividad investigativa para contribuir a la ciencia de la educación, siendo conscientes a la vez, de que nunca se obtendrá algo como una receta para ser usada en el aula.

En este sentido, cabe mencionar que la ciencia de la educación no es, al igual que otras, una ciencia independiente (Dewey, 1964, p. 38), se apoya en otras fuentes que favorezcan una mejor explicación de los problemas. Dewey destacaría sociología, filosofía y psicología, así como la construcción paulatina de hipótesis en relación con los resultados antes obtenidos, y desde este paradigma se construirían otras formas de proceder. Sin embargo, para realizar una práctica investigativa, y para que se dé una adecuada relación profesor-educando es necesario que el primero observe y tenga sensibilidad respecto al alma infantil, pues como señala Dilthey, es esto lo que le hace ser superior (1965, p. 64).

En educación es indispensable una acción comunicativa, ya que sin ésta no podría llevarse a cabo la relación profesor-alumno que nos enuncia Dilthey, y por tanto el individuo no sería capaz de interiorizar la cultura legitimada por la escuela.

Por esta situación es imprescindible explicar la acción comunicativa, la cual podemos analizar desde el modelo de Shannon y Weaver (en García y García, 2001, p. 382), quienes indican la necesaria existencia de un emisor, un mensaje y un receptor. Sin embargo, esto no es suficiente, pues en la comunicación hay una compleja matriz de significaciones que dependerán de la situación de emisión y del contexto social, ya que el emisor no sólo escucha, sino también infiere a partir de dichas situaciones, entre las cuales podemos ubicar las acciones del profesor, quien tendría que ser un genio pedagógico, o como diría Dilthey, tener el talento para ejercer atracción sobre su alumno, encarnando en él mismo dicha capacidad y el predominio del espíritu.

Al respecto, encuentro un planteamiento similar a lo que García y García definen como *información pragmática*, es decir, si bien los significados se construyen en la interacción observador-interprete, el lenguaje permite al educando proporcionar su propia versión del significado, el cual dependerá del contexto en que se emita el mensaje. En este proceso de comunicación el sujeto identifica datos haciendo uso de sus habilidades y patrones de comportamiento, los que afectan la interpretación de información.

Se abre un campo en el que el docente puede llevar a cabo su actividad investigativa, la cual le dará acceso al conocimiento de los educandos y, por tanto, mejorar su actitud ante el grupo, lo que a su vez posiblemente le permitirá atraer su atención, y de ese modo incrementar la capacidad de resiliencia frente a su contexto social, por ejemplo, en el caso que se nos enuncia en el relato “¿Será Iván el culpable...?” , respecto a los amigos del personaje principal, quienes, al igual que él, eran tachados de ser “alumnos problema”, e irrumpir en la atención de Iván en la clase.

En conclusión, puedo decir que si bien existen otros factores que tienen que ver con el bajo rendimiento académico, como el uso de métodos “tradicionales” y las formas de evaluar, entre otros, la comunicación desempeña un papel importante, ya que como he expuesto hasta aquí, es uno de los medios por los que se logra que los individuos interioricen la cultura legitimada; es una acción de formación, como lo señalan García y García. Si la comunicación llega a alterarse, probablemente el sujeto pierda el interés por lo que se está explicando, como cuando uno de los profesores aludidos se mofa de Iván en el momento de emitir su respuesta, y éste se abstiene de participar en clases futuras.

En tal sentido, cabe hacer énfasis en lo expuesto sobre la propuesta de John Dewey en cuanto a la actividad investigativa, pues como ya se he señalado, ésta puede ayudar a mejorar la práctica docente y por tanto, la comunicación.

REFERENCIAS

- Dilthey, W. (1965). *Fundamentos de un sistema de pedagogía*. Buenos Aires: Losada.
- Dewey, J. (1964). *La ciencia de la educación*. Buenos Aires: Losada.
- García Carrasco, J. y García del Dujo, Á. (2001). *Teoría de la educación II. Procesos primarios de formación del pensamiento y la acción*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Pasillas Valdez, M. Á. (2009). Estructura y modo de ser de las teorías pedagógicas (pp. 11-46). En H. Fernández Rincón, S. Ubaldo Pérez y O. García Pelayo (Coords.), *Pedagogía y prácticas educativas*. México: UPN.